

Guadalupe Eichelbaum

En busca de los elefantes



© Editorial Independiente

© Guadalupe Eichelbaum Sánchez
guadalupeeichelbaum.blogspot.com.es

Primera edición: noviembre, 2017
Segunda edición: marzo, 2020

Cubiertas: Iván M. Hulin, Juan Carlos Martínez y Mar Creativos ©
www.marcreativos.com

Corrección: Lydia Rodríguez Mata
www.correccionesdeestilo.es

Editorial Independiente
Ediciones Literarias Independientes, S.L.
www.editorialindependiente.com

ISBN: 978-84-947841-0-1

Depósito legal: MA 1495-2017

P.V.P: 15,00 €

Impreso por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

Capítulo 1

SE HA MUERTO

— **S**e ha muerto.

Lo dijo Carlota. Lo recuerdo perfectamente. Se me quedó grabado por el tono de su voz, cargado de tragedia y de solemnidad, comunicando que había sucedido algo trascendente.

Miré a la hormiga aplastada sobre la loseta de barro marrón. No se movía. Carlota y yo permanecemos allí, sin añadir nada más. Sinceramente, yo no entendía lo que ella había afirmado ni por qué ese bicho diminuto, que un momento antes se movía con energía y rapidez, ahora permanecía parado y parecía algo chafado. Pero si Carlota había hablado de esa forma tan peculiar y no apartaba sus ojos de la hormiga, yo tampoco pensaba hacerlo.

Al rato vinieron otras hormigas, fuertes, veloces, potentes, tan chiquitinas... y se llevaron a la que había dejado de corretear. Tenía la leve sensación de que en el ambiente pendía un reproche, una acusación hacia mí.

En cuanto desapareció el cortejo fúnebre hormiguil, Carlota se incorporó con un gesto muy suyo, moviendo la cabeza hacia un lado y hacia el otro, como si los bucles de su cabello, de los que estaba tan orgullosa, le molestaran. Con su perenne aire de suficiencia, me dedicó una breve mirada y se marchó a dar saltitos por el césped, bailando como si oyera música. Yo me levanté y la imité. Era lo que solía hacer. Supongo que porque ella era una chica muy mayor (ya había cumplido seis años) y lo sabía

todo. Yo, en cambio, solo tenía dos y carecía de su destreza y conocimientos.

Ella comenzó a girar y girar sobre sí misma, sabiendo que yo haría exactamente el movimiento que ella estaba realizando. Me miraba riendo con sus ojillos porque disfrutaba de su libertad y porque sabía que su vestido blanco ondulaba grácilmente con ella y que yo no podría conseguir ese efecto con mi peto vaquero. También poseía la certeza de que ambos acabaríamos cayendo sobre la hierba, pero que yo lo haría primero.

Si veo fotos de aquellos años, me sorprende haber tenido esa carita tan redonda y esos curiosos ojos negros que miraban el mundo con sorpresa y a Carlota con admiración rayana en la devoción. Llevaba el flequillo rubio y lacio hasta las cejas, y mis mofletes estaban sonrosados.

—Se ha muerto.

Lo dijo Carlota. Recuerdo su dura mirada de reproche y su tono claramente acusador mientras señalaba al pez tendido de lado en el estanque, flotando, inmóvil como aquella hormiga.

—¡Ha sido sin querer! —le grité, al borde del llanto.

—¡Lo has matado tú! ¡Pobre pez! ¡Eres un estúpido! Siempre te digo que no arrojes piedras al estanque.

—Yo las estaba tirando al agua, no quería darle.

Ni me contestó. Se marchó corriendo hacia el camino del parque por el que venía una amiga suya con una bolsa de caramelos en la mano. Se olvidó del pez y de todo... (bueno, de mí, que viene a ser lo mismo). Había cumplido los doce y se creía muy mayor.

Me senté junto al estanque, mirando al pez, espe-

rando que se pusiera vertical y saliera nadando, queriendo creer que el animal me estaba gastando una broma pesada haciéndose el muerto. Pensé que era un niño imbécil de ocho años que había arrojado piedras al estanque a pesar de tenerlo más que prohibido, que había acabado con la vida de aquel bonito pez plateado que brillaba sobre la superficie del agua. Un niño que estaba solo y lloraba y moqueaba como un crío. La tarde estaba nublada, fría y húmeda. Me estaba congelando.

Me levanté y me marché a casa sin avisar a Carlota. Nos iban a castigar a los dos: a mí, por volverme solo y a ella, por no percatarse. Pero me daba igual. No es que no me importara exactamente, más bien era que, con tal de que la castigaran a ella, me valdría la pena que me dejaran sin salir, sin juegos y sin lo que fuera. Quería irme a casita y lo haría. En ese momento no recordaba haber admirado a esa repelente y prepotente niñata que era mi hermana mayor.

—Se ha muerto.

Lo dijo Carlota mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas, abrumada por la pena. Papá la abrazó. Él también estaba triste.

Toby, nuestro galgo, había fallecido. No me lo podía creer, era terrible. No es porque fuera nuestro perro (o puede que sí, da igual), pero era el más inteligente, bonito y gracioso del mundo. A menudo, Carlota y yo discutíamos por quién debía sacarlo a pasear, aunque normalmente era mi padre el que lo hacía, salvo que estuviera resfriado o de viaje por trabajo. Hay que reconocer que, en esas ocasiones, no nos poníamos de acuerdo. Toby era un galgo de cinco años, gris y de pelo brillante, que solía

dormir a todas horas; pero, cuando salía al parque, corría raudo como un... galgo, obviamente. Corría como un guepardo, esa comparación sí vale. Era cariñosísimo y siempre nos lamía las manos y los pies.

Cuando yo estaba triste, él era mi mejor compañía. Había enfermado hacía unas semanas. Prefiero no relatar los detalles, pues odio las enfermedades, los hospitales y las muertes, sobre todo la de mi querido Toby.

Carlota tenía la correa del perro en la mano y no la quería soltar. Nos abrazamos sinceramente, apoyándonos mutuamente en esa espantosa situación. La casa parecía vacía sin Toby. Nunca habíamos perdido a un ser querido. La muerte era drástica, implacable y todas esas cosas que se suelen decir. Pero es muy distinto hablarlo o escribirlo a sentirlo de verdad, en tu propio cuerpo: en el estómago, en la cabeza... No sabía que la tristeza podía ser tan triste, que podía alcanzar ese grado de profundidad.

Esa noche, mientras cenábamos, todos aguantábamos el llanto. Papá intentaba que entabláramos conversación comentando una chorrada detrás de otra y todos le mirábamos con asco. Fue Carlota la que dijo que quería que todos habláramos de Toby y de lo que sentíamos, típico de ella. Para mi sorpresa, papá estuvo de acuerdo y todos expresamos en voz alta nuestros recuerdos y nuestros sentimientos. Acabamos llorando y mamá tuvo que tirar toda la comida que había en nuestros platos sin que ninguno de nosotros apenas la hubiera tocado. Carlota, a sus quince años, parecía una adulta, y yo, con once, estaba a años luz de su madurez.

—Se ha muerto, ¿verdad?

Lo preguntó Carlota porque lo temía y necesitaba confirmarlo. Mamá y papá asintieron intentando parecer fuertes, pues su hija, que acababa de abrir los ojos y se hallaba en la cama de un hospital, debía recuperarse cuanto antes. Pero mamá y papá parecían otras personas. Sus rostros estaban pálidos y demacrados, sus gestos eran torpes y lentos. Era como si les supusiera un esfuerzo moverse y respirar. Sus ojos, sus miradas sin brillo y casi vacías, parecían que pertenecían a otras personas. Me pregunté a mí mismo si Carlota estaría más grave de lo que aparentaba y quién habría fallecido ahora.

Mi hermana no rompió en llanto, sus ojos se anegaron de lágrimas y algunas cayeron mansas y cansadas por sus ahora huesudas mejillas.

—Necesito estar sola —susurró.

Mamá apretó el brazo de papá con mano crispada e intercambiaron una mirada cómplice:

—Sí, cariño, pero...

—¡Quiero estar sola! —gritó Carlota, como si fuera la niña de *El Exorcista*. Nunca la había visto así.

—No fue culpa tuya —murmuró mi madre mirando hacia otro lado, como si, en lugar de estar dirigiéndose a mi hermana, estuviera hablando con el aire de la habitación.

—¡Que os vayáis! —gritó rompiéndose la garganta. Mis padres obedecieron temblando y llorando.

Observé a Carlota como si jamás la hubiera visto anteriormente. Ya no lucía tirabuzones, los había perdido sobre los nueve años. Su cabello era largo, castaño y lacio. Era guapa. A pesar de parecer una muñeca rota por dentro y de reflejar un inmenso pesar, tenía que reconocer que era guapa y que la quería mucho. No entendía lo que

estaba sucediendo ni por qué mi hermana no me gritaba a mí, que seguía allí.

Ya había cumplido los diecisiete y se pasaba las horas parlotando acerca de la Universidad mientras que yo, a mis trece años, pensaba exclusivamente en la natación y en salir con mis amigos. No solíamos mantener intensas charlas, nos ceñíamos a lo cotidiano.

Era extraño. Era muy, muy raro.

Me inspiró tanta compasión que quise hacer algo que no había hecho nunca: cogerle la mano. Pero no pude.

Colocaba mi mano sobre la suya, veía que mi mano estaba ahí, tocándola, pero yo carecía del sentido del tacto, no percibía ni la forma ni el calor que debería haber sentido. Nada. Ni ella el mío.

—¡Carlota! —la llamé.

Pero yo no tenía voz. Y ella no podía oírme.

Salí a buscar a mis padres. Ellos siempre estaban cuando los necesitaba.

—Mamá, papá, no sé lo que me pasa, es muy raro, Carlota no me habla y no la puedo tocar y...

Yo hablaba rápido y alto, pero no se escuchaba ningún sonido. Mis padres no me oían ni me veían.

Recién entonces me di cuenta de que Toby estaba junto a mí, sentado sobre las baldosas del pasillo del hospital, pero sin llegar a tocar el suelo, levitando. A mi derecha, flotando en el aire, había un pez de color plateado.

Debía de estar soñando.

—¡Ey, yo también estoy aquí!

Chilló alguien o algo. A pesar de lo absurdo de la situación, me produjo sorpresa y curiosidad esa voz que no sabía de dónde salía.

Se acercó a mi cara moviéndose a la altura de mis ojos. Era una hormiga.

Guadalupe Eichelbaum

En busca de los elefantes



Nota

El libro en su formato de papel se encuentra en su segunda edición y consta de 186 páginas.